

LA UNIDAD DEL PELOPONESO. DE LA IMAGINACIÓN A LA TERRITORIALIZACIÓN EN LA CONFEDERACIÓN AQUEA HELENÍSTICA DURANTE LOS SIGLOS III-II A. C.

Álvaro M. Moreno Leoni

Universidad Nacional de Córdoba-CIECS/CONICET

Uno de los desarrollos políticos más notables que se produjo durante el periodo helenístico fue sin duda el auge de las confederaciones. En rigor, las mismas tenían unas raíces históricas más profundas, pero fue sólo a partir de los siglos IV-III a. C. cuando el fenómeno federal alcanzó su mayor grado expansión y complejidad en Grecia continental, algo que llamó la atención pronto de los especialistas del mundo antiguo durante el siglo XIX. El motivo de su interés era que este fenómeno histórico parecía permitir reflexionar sobre las transformaciones políticas ocurridas en Grecia entre época clásica y helenística, así como también proveer a los teóricos políticos un interesante campo de estudios para la comparación con los federalismos modernos. Esto se evidenció particularmente en la aparición de las primeras monografías sobre las Confederaciones etolia y aquea, escritas por Edward Freeman y Marcel Dubois.¹ Tanto el caso etolio como el aqueo proporcionaban información relevante para entender los instrumentos jurídicos, como la *sympoliteía* o ciudadanía federal, a partir de los cuales se había logrado superar en muchos casos los estrechos marcos de la *pólis* y, por lo tanto, avanzar en la

¹ E. Freeman, *History of Federal Government from the Foundation of the Achaean League to the Disruption of the United States*, vol. I, London-Cambridge, 1863; M. Dubois, *Les ligues étolienne et achéenne. Leur histoire et leurs institutions. Nature et durée de leur antagonisme*, Paris, 1885.

construcción de estructuras políticas capaces de integrar tanto territorios más extensos como cuerpos cívicos más amplios.²

En el marco de estas reflexiones sobre el federalismo en el mundo helenístico, con todo, no hubo ninguna reflexión sistemática sobre los aspectos culturales que estas experiencias federales implicaron, en particular, sobre la dimensión imaginaria que ligaba una identidad política, que comenzaba a exceder las fronteras étnico-regionales tradicionales, y un determinado territorio. Este proceso de territorialización, por el cual se definía un territorio como propio y se lo reclamaba para sí, era común en el mundo helenístico, algo que ha sido observado tanto en el caso de algunas *póleis*, como también en el de los reinos que, como el de los Seléucidas, no controlaban un *arché* tradicional hereditario.³ En este caso, el monarca y su capacidad militar definían la extensión y el grado de control que podía imponer sobre un territorio, de allí la doble naturaleza semántica de *arché* como poder y como dominio. Otras estrategias coadyuvaban a este proceso. Monumentos, caminos, fortificaciones o, incluso, el acto de dar un nuevo nombre a las ciudades permitían inscribir la memoria del control seléucida en el espacio geográfico, lo que se reforzaba a través de narrativas míticas o históricas que permitían construir una memoria de dicho proceso.⁴

² Una reseña de la bibliografía específica sobre el tópico de las innovaciones jurídicas en las confederaciones helenísticas excedería el marco de lo necesario aquí. Sin embargo, los siguientes títulos brindan un excelente panorama: J. Larsen, *Greek Federal States. Their Institutions and History*, Oxford, 1968; H. Beck, *Polis und Koinon. Untersuchungen zur Geschichte und Struktur der griechischen Bundesstaaten im 4. Jahrhundert v. Chr.*, Stuttgart, 1997; G. Lehmann, *Ansätze zu einer Theorie des griechischen Bundesstaates bei Aristoteles und Polybios*, Göttingen, 2001. Una excelente discusión sobre los aspectos jurídicos: J. Pascual, “La sympoliteia griega en las épocas clásica y helenística”, *Gerión* 25/1 (2007), 167-186.

³ Sobre las *póleis* helenísticas: J. Ma, “Fighting Poleis of the Hellenistic World”, en H. van Wees (ed.), *War and Violence in Ancient Greece*, London, 2000, 342; Sobre los Seléucidas: L. Capdetrey, “Espace, territoires et souveraineté dans le monde hellénistique: L'exemple du royaume séleucide”, en I. Savalli-Lestrade et I. Cogitore (dir.), *Des Rois au Prince. Pratiques du pouvoir monarchique dans l'Orient hellénistique et romain (IVe siècle avant J.-C. – IIe siècle après J.-C.)*, 2010, 17-36.

⁴ Un ejemplo excepcional de abordaje de las narrativas seléucidas de “reconquista” de Asia Menor: J. Ma, *Antiochos III and the Cities of Western Asia Minor*, Oxford, 2002 (2000), 26-52.

La necesidad de inscribir una memoria del control sobre un espacio geográfico fue un problema común en un mundo helenístico donde la guerra y la modificación de las fronteras entre los distintos Estados eran permanentes. En este contexto, la Confederación aquea fue un actor relevante, particularmente desde mediados del siglo III hasta comienzos de la segunda mitad del II a. C. En este trabajo estamos interesados en la dimensión discursiva del problema de la territorialización en el caso de esta confederación durante dicho periodo de expansión y consolidación. Las preguntas de las que partimos buscan dar respuesta a cómo, por qué y cuándo comenzó a imaginarse entre los sectores de la élite política aquea una coincidencia entre, por un lado, el territorio político de la Confederación y, por el otro, el espacio geográfico-cultural del Peloponeso.

Para ello, se cuenta fundamentalmente con fuentes de tipo literario, en especial, las *Historias* de Polibio, las *Vidas* de Arato, Cleómenes, Filopemén y Flaminio de Plutarco, el *Ab Urbe Condita* de Tito Livio y la *Periégesis* de Pausanias. Se trata de fuentes variadas, no sólo por su temática y por los distintos objetivos de sus autores, sino, fundamentalmente, por la época en que las mismas fueron redactadas, puesto que van desde el siglo II a. C. hasta el II d. C. Algunas de ellas, como las *Vidas* de Cleómenes y Arato, o el libro II de las *Historias*, proveen indirectamente información que pudo haber sido consignada originalmente por autores del siglo III a. C. cuyas obras no se han conservado. Así, aunque la lectura entre líneas propia de la *Quellensforschung* presenta riesgos considerables, es posible hallar allí rastros de las *Memorias* de Arato de Sición y de la obra de Filarco, de otro modo inaccesibles.⁵ A partir de la lectura crítica de estos textos, buscaremos aproximarnos a algunos rastros y huellas sobre la dimensión imaginaria de la construcción del Peloponeso como el territorio aqueo durante el periodo helenístico.

Desde un punto de vista teórico, la antropología histórica, fundamentalmente a partir de los aportes de Benedict Anderson, ha mostrado la importancia que la imaginación de un territorio como algo propio ha tenido en el marco del proceso histórico de surgimiento de los Estados nacionales.⁶ Esto se observa de modo particular no sólo en el desarrollo de disciplinas específicas que tienen que ver con la aprehensión del espacio, como la geografía y la cartografía, sino fundamentalmente en la capacidad que esta percepción de un espacio común, mediada por una

⁵ Una guía indispensable: P. Orsi, *L'Alleanza Acheo-Macedone. Studio su Polibio*, Bari, 1991.

⁶ B. Anderson, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, 1993 (1991), 238-249.

logoización gráfica del mismo, daba a los individuos para imaginarse formando parte de un mismo territorio, aún antes, incluso, de que ese espacio llegara a ser controlado y efectivamente territorializado. No es necesario aquí señalar los límites de aplicación de esta propuesta teórica pensada para el mundo contemporáneo, pero estos límites no deben ocultar su valor heurístico para pensar el proceso de territorialización experimentado por los aqueos durante la antigüedad. En ese sentido, no sólo nos interesa indagar sobre la existencia de una territorialización imaginaria del espacio del Peloponeso, sino, fundamentalmente, preguntarnos acerca de las circunstancias históricas en las cuales se produjo la misma y sobre las consecuencias que tuvo para la posterior expansión federal.

Un buen punto de partida para iniciar nuestro abordaje puede ser un pequeño pasaje dentro de la *Achaica* de Polibio, donde se encuentra de forma bastante explícita esta identificación entre el Peloponeso y la Confederación aquea. Esto no es extraño ya que la *Achaica* (II.37-70) es una digresión histórica bastante amplia en la que se resume la historia aquea hasta el 220 a. C. El momento exacto de su composición es, sin embargo, incierto, aunque se piensa que no formaba parte del plan original de la obra y que fue incorporada posiblemente como una redacción autónoma,⁷ que habría tenido como objetivo principal realzar la importancia de la entidad política aquea.⁸ Esta idea se vería reforzada por el hecho de que, incluso de acuerdo con los cálculos más conservadores, los libros I-II habrían sido publicados antes de la Guerra Aquea (146 a. C.), cuando la Confederación aún existía como un Estado independiente.⁹

⁷ Sobre Plb., II.37-70: *HCP* I, 215-216. Una breve discusión actualizada: D. Baronowski, *Polybius and Roman Imperialism*, London, 2011, 177. En tres pasajes (Plb. I.3.7-10; III.32.2-3; XXXIX.8.4-6) Polibio discute el carácter de los libros introductorios sin mencionar esta sección. Tanto Laqueur (*Polybius*, Leipzig, 1913, 10-11) como Gelzer (“Die Achaica im Geschichtswerk des Polybios”, *Kleine Schriften* III, Wiesbaden, 1964, 123-154) consideraron que se trataba de una inserción posterior al 146 a. C. Por su parte, para Treu (“Biographie und Historie bei Polybios”, *Historia* 3, 1954/5, 219-228) este texto formaba parte originalmente del encomio de Filopemén. Como destaca Walbank (*HCP* I, 215), la *Achaica* sólo tenía sentido con una Confederación aún existente.

⁸ A. Aymard, *Les Assemblées de la Confédération Achaienne (198-189 avant. J.-C.)*, Bordeaux, 1938, 7; J. Larsen, *The Greek Federal...*, *op. cit.*, 82.

⁹ J.-L. Ferrary, *Philhellénisme et impérialisme: Aspects idéologiques de la conquête romaine du monde hellénistique, de la seconde guerre de Macédoine à la guerre contre Mithridate*, Rome, 1988, 279-281. *Cfr.*: G. Lehmann, “Polybios und die ältere und zeitgenössische griechische Geschichtsschreibung: einige Bemerkungen”, en E. Gabba (dir.),

En esta *Achaica*, Polibio introduce un elemento bastante significativo para nuestro problema cuando justifica la ejecución de Aristómaco, quien había sido no sólo tirano de Argos, sino también estratego aqueo tras haber resuelto renunciar al poder personal en Argos y unir ésta a la Confederación (229 a. C.). Durante la Guerra Cleoménica, y en circunstancias no del todo claras, Aristómaco habría tomado parte en la separación de Argos de la Confederación (225 a. C.), aunque esto tampoco es seguro, traicionando a los aqueos. Cuando Argos fue reconquistada, el “traidor” fue ejecutado (224 a. C.). Polibio, justificando esta decisión de Arato y los aqueos, escribía:

Este hombre, hecho prisionero, hubiera debido, no morir en Cencreas, durante la noche y en medio de torturas, como narra Filarco, sino perder su vida después de haber sido paseado por el Peloponeso y servir de ejemplo por su castigo...¹⁰

La ejecución debió haber sido, por lo tanto, ejemplar para todo el Peloponeso. Sería quizá importante detenerse en esta cuestión. Otras ejecuciones de rebeldes narradas en las *Historias* podrían servir para entender su sentido. A Matos, el líder de los mercenarios contra Cartago, “...los soldados [lo] llevaron en procesión a través de la ciudad [...] y le infligieron toda clase de torturas”.¹¹ Antíoco III, cuando capturó a Molón en la Media y a Aqueo en Asia Menor, también buscó visibilizar ambos castigos frente al territorio sobre el que reclamaba autoridad. En el caso de Molón, por ejemplo, “...ordenó crucificar el cuerpo... en el lugar más visible de Media...”. Se trataba de una antigua práctica persa que buscaba volver público el castigo, precisamente, colocando el cuerpo en el lugar más visible dentro del espacio donde había sido desconocido el poder del ‘Gran Rey’.¹²

La similitud de la presentación de la ejecución de Aristómaco con estos dos episodios de castigo revela que el mismo debía realizarse de tal modo que fuera visible para todos aquellos que podían hallarlo significativo. Matos fue paseado por Cartago, frente a los ciudadanos cartagineses, mientras que el cadáver de Molón fue crucificado a la vista del territorio asiático que se había alzado contra Antíoco III. Al plantear que el castigo debió haber sido un acto visible a todo lo

Polybe, Gêneve, 1974: 188-192.

¹⁰ Plb., II.60.7. Cf. Plu., *Arat.* 44.4.

¹¹ Plb., I.88.6.

¹² Plb., VIII.21.3-4; V.54.6-7. Ver: J. Ma, *Antiochos III...*, *op. cit.*, 61.

ancho del Peloponeso, Polibio asimilaba este recorrido con el de Matos por las calles de Cartago. Daba por descontado, por lo tanto, la existencia de una coincidencia entre el espacio geográfico del Peloponeso y el territorio de la Confederación aquea. En el momento en que esta ejecución fue realizada, probablemente en el 223 a. C., la unidad del Peloponeso bajo poder aqueo, sin embargo, estaba lejos de realizarse. Esta proyección de la ulterior situación del Peloponeso al libro II, aunque anacrónica, se convierte en una puerta de entrada a un tópico central de la construcción de la identidad dentro de ciertos sectores de la élite política aquea helenística: La imaginación del Peloponeso como el territorio federal, así como también los discursos que legitimaban esta lectura y la propugnaban como un motor para la expansión entre los siglos III-II a. C.

Identidad entre el Peloponeso y el territorio de la Confederación aquea

En su *Achaica* Polibio se preguntaba también “...cómo y en qué circunstancias se impuso el nombre aqueo sobre todos los peloponesios...”,¹³ escondiendo allí una declaración política del éxito aqueo en la extensión de su *sympoliteía*. Al mismo tiempo, su pregunta presupone la preexistencia de unas entidades, “el Peloponeso” y “los peloponesios”, que habían sido en algún momento integradas a la Confederación a través de la ciudadanía federal. En época helenística, se delineó entre los aqueos una cierta identidad entre un territorio definido y una estructura política, pero es necesario tener en cuenta que la misma se hallaba montada sobre siglos de elaboración cultural que excedían el estricto fenómeno político helenístico. Esto no significa, con todo, que el proceso de construcción de las nociones de “Peloponeso” y “peloponesios” fuera tan antiguo como parece sugerir Estrabón. Según el geógrafo, en una época previa al retorno de los Heráclidas, los “peloponesios” habrían llegado a un acuerdo con los jonios a fin de evitar batallar incesantemente entre sí. Habrían resuelto colocar una inscripción en el istmo de Corinto que, de un lado, dijera “Esto es el Peloponeso, no Jonia...”, y que, del otro, informara lo contrario, “Esto no es el Peloponeso, sino Jonia.”¹⁴

Es posible que esta anécdota, que trasladaba el origen de un espacio peloponesio con su propia identidad al pasado heroico griego, sirviera para ilustrar más bien una realidad posterior, pero, en cualquier caso, es difícil retrotraer una

¹³ Plb., II.38.1. Trad. de Díaz Tejera ligeramente modificada.

¹⁴ Str. IX.1.6.

imaginación del Peloponeso como entidad más allá del periodo clásico. Habría sido durante el siglo V a. C. que esta percepción geográfico-cultural cristalizó en una identidad. Según Kostas Vlassopoulos, dicha identidad, sin embargo, no habría jugado un papel central en la percepción a nivel individual, puesto que son raras las inscripciones que especifican un origen peloponesio. En cambio, sí parece haberse conformado una identidad al nivel del territorio, con la aparición, por un lado, del “Peloponeso” como un espacio delimitado con sus propias características, y, por el otro, de un colectivo, los “peloponesios”, como depositarios de cierto *étos* distintivo.¹⁵ Los pormenores de esta construcción histórica no están claros, pero es posible que a ella contribuyeran la experiencia política colectiva de la Liga del Peloponeso y también la individual de los miles peloponesios que circulaban por el exterior como colonos o mercenarios.¹⁶

En época helenística, teniendo en cuenta la existencia ya de estas nociones clásicas de “Peloponeso” y “peloponesios”, al interior de la Confederación aquea pronto comenzó a ligarse el territorio federal con este espacio geográfico. Sería importante precisar antes que nada el *terminus ante quem* para la conformación de esta imagen territorial, a fin de indagar sobre terreno más firme con respecto a sus alcances. Si nos guiamos estrictamente por lo que explicitan las fuentes, y por lo que sostiene gran parte de la bibliografía académica, la unidad del Peloponeso habría sido un objetivo inmanente para la élite política que controlaba el proceso de toma de decisiones en la Confederación. Sin embargo, desde una perspectiva histórica, este razonamiento no puede sostenerse y requiere una revisión crítica.

Una noticia en la obra de Tito Livio es desde este punto de vista, clave para fijar este *terminus*. En el contexto de las negociaciones aqueas con Perseo, que perseguían el levantamiento de la restricción que pesaba sobre todos los macedonios de pisar suelo de la Confederación (174 a. C.), el historiador latino recoge un discurso de Calícrates que muestra ya una decidida identificación entre la Confederación y el territorio peloponesio. En efecto, en aquella oportunidad, el líder aqueo, en su alegato en contra de la suspensión de la medida, decía que los macedonios estaban en su conjunto, y por decreto aqueo, excluidos del Peloponeso (*ut decretum, quo arcentur Peloponneso Macedones*).¹⁷ Para él, existía el riesgo de que el

¹⁵ K. Vlassopoulos, “Ch. 5. The Regional Identity of the Peloponnese”, *Proceedings of the Conference “Being Peloponnesian”*, Nottingham, 2007: <<http://www.nottingham.ac.uk/csp/docs/beingpeloponnesian/kostas.pdf>>. (15/11/2012).

¹⁶ *Ibid.*

¹⁷ Liv., XLI.23.15-16.

rey, que ya se había aproximado a Delfos, pudiera ser visto pronto cruzando al Peloponeso (*traicientem in Peloponnesum videamus*).¹⁸ No hablaba, por lo tanto, de la Confederación, sino del Peloponeso como el territorio aqueo, mostrando hasta qué punto ambas nociones se habían fusionado en la primera mitad del siglo II a. C. En cambio, existe una clara diferencia con la voz de Tito Livio, quien presenta el episodio diciendo que atenienses y aqueos estaban tan irritados con los macedonios que resolvieron excluirlos de sus territorios (*ut finibus interdiceret Macedonibus*).¹⁹ A diferencia de Calícrates, no establecía necesariamente una identificación entre el territorio aqueo y el Peloponeso. Pausanias, en su recorrida por Corinto, nos dejó una breve digresión sobre la Guerra Aquea (146 a. C.), que es importante para el problema:

En Corinto no vive ya ninguno de los antiguos corintios, sino colonos enviados por los romanos. La culpa la tuvo la Confederación aquea, pues como los corintios eran miembros de ella, también participaron en la guerra contra los romanos, que Critolao, elegido estratega de los aqueos, hizo estallar, persuadiendo a los aqueos y a la mayoría de los de afuera del Peloponeso a que se rebelasen.²⁰

Es clara la identidad de los aqueos como aquéllos que habitaban el Peloponeso, lo que se advierte por oposición a sus aliados del exterior de dicha península. Tanto el pasaje de Polibio, como el de Tito Livio y Pausanias, los cuales se ambientan históricamente en el periodo entre el 174 y el 146 a. C., revelan que por aquella época, cuando ya se habían incorporado Elis, Mesene y Esparta, los aqueos tenían la impresión de haber alcanzado la unidad del Peloponeso. ¿Fue esto el resultado de un objetivo? De ser así, ¿a partir de qué momento histórico, pues, comenzó a conformarse en el imaginario de la élite política aquea que los límites ideales de su Confederación debían coincidir con los del Peloponeso? Según Benedict Anderson, uno de los aspectos centrales para la construcción de una comunidad imaginada es el mapa mental. Podría pensarse una analogía entre la “logoización” de la que habla este autor, producto de los mapas decimonónicos, y, con otros alcances, la visualización que los miembros de la élite comenzaron en algún

¹⁸ Liv., XLI.23.16.

¹⁹ Liv., XLI.23.1.

²⁰ Paus., II.1.2.

momento a hacer de la hoja de Plátano que representaba al Peloponeso como el espacio físico imaginario e ideal de los aqueos.²¹

La percepción geográfica aquea centrada en el Peloponeso puede advertirse en Polibio, para el cual la península se convierte en un marco de referencia. Como explican Peter Gould y Rodney White, en geografía humana el paisaje puede considerarse como el resultado de hombres tomando decisiones sobre la base de información llegada a ellos a través de un filtro de percepción.²² La percepción aquea del Peloponeso tenía profundos filtros culturales producto de la historia, entre los cuales habría que tener en cuenta la imaginación que algunos sectores dentro de su élite política comenzaron en algún momento a compartir. Dentro de ésta, la península se había vuelto su horizonte natural de expansión, pero también de referencia, algo que se observa en Polibio. Por ejemplo, cuando éste brinda al público una imagen mental de la posición de Sicilia frente a Italia, utiliza evidentemente el ejemplo del Peloponeso con respecto a Grecia para volverlo decodificable por el público, o, de manera más clara aún, cuando quiere poner en evidencia la ignorancia geográfica de Zenón de Rodas, provee un ejemplo de periplo desatinado por el Peloponeso.²³ Pero Polibio no parece percibir el Peloponeso sólo como una realidad física, sino, fundamentalmente, como un constructo histórico, tal como indican las numerosas digresiones históricas y mitológicas con las que dota de sentido la narración de las campañas del libro IV.²⁴ No habría motivos para considerar a Polibio excepcional por ello, sino más bien, como una suerte de “excepcionalidad normal” con respecto al imaginario de los miembros de la élite política aquea.

Otro aspecto subrayado por Benedict Anderson es que a menudo la imaginación antecede al territorio, algo que, en nuestro caso, se corresponde bastante bien con el caso aqueo pues la idea de unidad peloponesia apareció, en realidad, bastante antes de que ésta fuera alcanzada. Esto es justamente lo que la prohibición de la entrada de los macedonios al Peloponeso parece mostrar. En efecto, el debate sobre el levantamiento de la misma se habría producido en 174 a. C., como resultado de un acercamiento de los agentes de Perseo al estratego Xenarco, pero es posible que la prohibición en sí se remontara al momento de la ruptura entre los aqueos y Filipo V durante la Segunda Guerra Macedónica (198/7 a. C.). Por

²¹ Str., VIII.2.1; B. Anderson, *Comunidades imaginadas...*, *op. cit.*, 238-249.

²² P. Gould y R. White, *Mental Maps*, London, 2002 (1986), 27.

²³ Plb., I.42.1-2; XVI.16.4-6: “[...] most of the places P. mentions are well known, which demonstrates clearly the absurdity of what Zeno wrote”: *HCP* II, 521.

²⁴ Plb., IV.59.4-5; 70.8; 73.6-74.8; 77.8-78.5; etc.

aquella época los aqueos no habían podido aún absorber ni Élide, ni Mesenia ni, mucho menos, Laconia. Por lo tanto, lejos estaban de poder imponer semejante restricción sobre un territorio que no controlaban. Pese a esto, los aqueos lo hicieron, lo que nos lleva a pensar que por aquella época ya habían establecido un vínculo imaginario con el Peloponeso.

En ese sentido, es notable una noticia del viajero Pausanias en su recorrido por Megalópolis. Habiendo descubierto allí la inscripción en la base de una estatua en honor a Diófanes, líder aqueo de la primera década del siglo II a. C., el periegeta señaló que ésta decía que aquél había sido “...el primer hombre que reunió todo el Peloponeso en la llamada Confederación aquea”.²⁵ Diófanes había conseguido incorporar a Mesene, coronando con ello un largo proceso por el cual buscaba ser recordado (191 a. C.).²⁶ Esta inscripción muestra que la unidad era una cuestión central para la política y la identidad aqueas a comienzos del siglo II a. C., que, como tal, importaba a amplios sectores de su élite política. Como puede entenderse a partir de la misma, la unidad precedía como acto imaginario al hecho del control del territorio, lo que viene a sumarse a la restricción de acceso al Peloponeso para los macedonios que data posiblemente del 198/7 a. C., cuando, como dijimos, no había aún un control de la península.

En su *Vida* de Cleómenes, Plutarco apunta a este acto previo de unificación imaginaria, cuando dice que Arato quería reducir todo el Peloponeso a un solo dominio, el de los aqueos.²⁷ Es muy difícil saber si este pasaje plutarqueo deriva de Filarco o de las *Memorias* de Arato. La mayor parte de la historiografía contemporánea se ha inclinado por la segunda de las opciones, pero parece más probable que allí el biógrafo buscara una solución intermedia entre las posturas de Arato y Filarco. En cualquier caso, este pasaje apuntalaría también la hipótesis de que la aspiración a la unidad del Peloponeso no resultaba inaudita en el siglo III a. C.²⁸ De hecho, como intentaremos mostrar, la génesis de la identificación

²⁵ Paus. VIII.30.5; E. Gruen, *The Hellenistic World and the Coming of Rome*, Berkeley, 468-469.

²⁶ W. Schorn, *Geschichte Griechenlands von der Entstehung des ätolischen und achäischen Bundes bis auf die Zerstörung Corinths*, Bonn, 1833, 289.

²⁷ Plu., *Cleom.* 3.4.

²⁸ Filarco como fuente para este pasaje: A. Ferrabino, *Il problema dell'unità nazionale nella Grecia antica*, I. *Arato di Sicione e l'idea nazionale*, Roma, 1972 (1921), 81; P. Pédech, *Méthode historique de Polybe*, Paris, 1964, 155. La mixtura del pasaje y la agencia de Plutarco: G. Marasco, *Commento alle biografie plutarchee di Agide e di Cleomene*,

entre el Peloponeso y el territorio federal debe buscarse en algún momento de la segunda mitad de esa centuria, lo que hace entendible la vanagloria de Diófanes por un hecho consumado que, en realidad, había sido imaginado durante décadas por los aqueos.

Escribiendo luego del 167 a. C., durante su detención en Roma, Polibio ofrecía una lectura distinta a la de Diófanes. Para él, en el presente todos los habitantes del Peloponeso compartían leyes, moneda, pesos y medidas y, por lo tanto, sólo la falta de una muralla que los encerrara a todos evitaba que pudiera ser considerado como una gran *pólis*.²⁹ Estaba haciendo un guiño al lector, polemizando con Aristóteles, quien había dicho que el Peloponeso aunque estuviera rodeado por una misma muralla no podría ser considerado una *pólis*, pero también llamando la atención sobre el logro aqueo más palpable: La concordia (*homonóia*) del Peloponeso. Sobre ese punto en particular Polibio habría estado de acuerdo con la lectura de Diófanes, y seguramente de amplios sectores de la élite aquea, que habían imaginado primero la unidad peninsular y que, luego, la habían visto volverse un logro tangible. En el plano de la atribución del honor es donde difiere, sin embargo, su interpretación. La empresa era para Polibio un logro de Filopemén, quien había actuado sobre lo realizado por Arato, y cuya gesta había sido consolidada por la victoria de Licortas sobre los mesenios sublevados.³⁰ Dentro de un discurso ideologizado sobre la unidad peloponesia, el historiador optó por una versión acorde con su propio posicionamiento y su asociación a determinados líderes, entre los que tácitamente se incluía.³¹

Así las cosas, parece claro que la imaginación de un Peloponeso aqueo era anterior a la etapa de territorialización a partir de Diófanes, Filopemén o, incluso, de la ruptura con Macedonia. Todo parece indicar que este rasgo de la identidad aquea se remontaba al siglo III a. C., pero, ¿significa eso que ésta era tan antigua como pretendía Polibio en su relato de la *Achaica* del libro II? ¿El proyecto estaba, podríamos decir, en germen en la fundación de la Confederación en 281/0 a. C.? Para responder a este interrogante es necesario revisar la evidencia histórica de que se dispone sobre ese siglo.

vol. II, Roma, 1981, 368.

²⁹ Plb., II.37.11.

³⁰ Plb., II.40.2. La autoría de la “unidad” parece residir en la fecha final de la incorporación de Élide. Para Errington, Diófanes tenía todo el derecho a reclamar el honor: *Philopoemen*, Oxford, 1969, 131-132, 157.

³¹ Plb., II.40.1-2.

De Arato a Filopemén: entre Grecia y el Peloponeso

Como se ha observado en el caso del castigo impuesto a Aristómaco, se percibe en el texto de las *Historias* la irrupción de algunas anacronías prolépticas que buscan trasladar la realidad de unidad del Peloponeso, propia no sólo de una etapa ulterior del relato histórico, sino también del presente del historiador, al pasado aqueo del siglo III a. C. Sin irse tan lejos como Polibio, existe, en cambio, alguna evidencia que apuntaría a Arato como el impulsor de esta idea, aunque, como veremos, la misma sería bastante débil. En efecto, hemos dicho ya que Plutarco mencionaba que Cleómenes tenía como rival a Arato, líder de los aqueos que había resuelto reducir todo el Peloponeso a su dominio, según las palabras del biógrafo. También hemos señalado, de acuerdo con Gabriele Marasco, que esta noticia debe tener un origen en los autores contemporáneos de dicho conflicto, Arato y Filarco. ¿Qué validez tiene este lugar común de la historiografía contemporánea que tiende a ver el control del Peloponeso como el objetivo constante de los aqueos?

Erich Gruen es quien probablemente mejor sintetiza este tipo de aproximación cuando señala que “the aim of Achaea was what it had always been: to unite the Peloponnese under her authority...”³² Su idea es, por lo tanto, la de una cierta inmanencia de la política territorial aquea y lejos de ser una excepción a la regla, reproduce un tipo de razonamiento extendido.³³ Para esta perspectiva, la entrada de Arato en la historia aquea sería central para el “proyecto” de unificación, puesto que se ha pensado que la incorporación a la Confederación de la dórica Sición había logrado quebrar una marcada tendencia particularista étnico-regional, imprimiéndole al mismo tiempo un objetivo de expansión más ambicioso. En efecto, este aspecto étnico en la incorporación de Sición a la Confederación aquea es subrayado tanto por Plutarco, como por Pausanias, pero, notablemente, no interesa

³² E. Gruen, *The Hellenistic World...*, op. cit., 446.

³³ S. Dmitriev, *The Greek Slogan of Freedom and Early Roman Politics in Greece*, Oxford, 2011, 314; R. Pfeilschifter, *Titus Quinctius Flaminius: Untersuchungen zur römischen Griechenlandpolitik*, Göttingen, 2005, 229; C. Champion, *Cultural Politics in Polybius' Histories*, Berkeley, 2004, 124, n. 82; M. Holleaux, “Rome, Philippe de Macédoine et Antiochos”, en *Rome et la conquête de l'Orient. Philippe V et Antiochos le Grand*, Études d'épigraphie et d'histoire grecques, vol. V, Paris, 1957, 427; B. Niese, *Geschichte der griechischen und makedonischen Staaten seit der Schlacht bei Chaeronea*, vol. III, Gotha, 1903, 35.

tanto a Polibio, quien, por su parte, apunta más bien a la transformación política que esto implicó.³⁴

Esta ruptura habría sido, sin embargo, sobredimensionada. Aldo Ferrabino, por ejemplo, que estaba preocupado por el problema de la unidad en la antigua Grecia, y que tendía a verla como una tensión entre el particularismo y las tendencias hegemónicas, explicaba que el líder sicionio era en el fondo un conservador, carente de un plan de expansión, y que sólo estaba interesado en posicionar de la mejor forma posible a la Confederación.³⁵ Lo mismo puede decirse de Frank Walbank, quien, con respecto a la incorporación de Sición, señalaba que “we must beware of attributing to him at this stage ideals of a free and united Peloponnese”.³⁶ Más allá de un ideal de unidad, lo que impulsó la política aquea bajo su mando fue el imperativo de la seguridad y sólo puede observarse un intento de “liberar” la península a partir del 237/6 a. C. con la intensificación de la presión sobre los tiranos arcadios.³⁷

Estas posturas subrayaban una dimensión pragmática de la política, pero dejaban de lado el hecho de que el discurso de la unidad peloponesia, más allá de ser “propaganda”, o más bien ser “imaginario”, tenía la capacidad de ir reforzando la identidad de la élite aquea con el territorio del Peloponeso. Esta identidad, a su vez, podía actuar como un motor para la expansión dentro de ese horizonte definido previamente por el discurso y la imaginación. Nuestra perspectiva, por lo tanto, también difiere de la clásica de Karl Beloch, para el cual la política de Arato era la encarnación de una fuerza llamada “*die republikanische Bewegung*” cuyo objetivo último era un Peloponeso unido y libre. Este enfoque “ahistórico”, unitario, no resiste la evidencia. Por el contrario, ponemos el acento en que la imaginación del Peloponeso como el territorio propio de los aqueos es producto de un proceso histórico que, si bien antecede la conquista efectiva de este espacio geográfico, no se vislumbraba ni cuando la Confederación fue fundada, ni cuando Arato se hizo cargo de las riendas de la misma.

Frente a este tipo de aproximaciones unitarias, David Golan propuso, en cambio, un enfoque rupturista con respecto a la política de Arato, quien habría tenido originalmente, en su opinión, aspiraciones panhelénicas. Como resultado de los constantes reveses experimentados en Argos y de la pérdida de legitimidad tras la multa impuesta por los mediadores mantineos, tuvo que renunciar a una política

³⁴ Plu., *Arat.* 24.3; Paus., II.8.5. *Cfr.* Plb., II.43.3.

³⁵ A. Ferrabino, *Il problema...*, *op. cit.*, 249-250.

³⁶ F. Walbank, *Aratos of Sicyon*, Cambridge, 1933, 37.

³⁷ *Ibid.*, 163. *Cfr. ibid.*, 58.

de “liberación” de Grecia y concentrarse en el Peloponeso.³⁸ Esta ruptura es reconocida también por Gabriele Marasco, pero interpretada en otra dirección. Para éste, la misma tiene que reflejar más bien un cambio de características de sus *Memorias*, donde le era más fácil justificar sus primeras acciones dirigidas contra el dominio macedónico sobre Grecia recurriendo al eslogan de libertad, pero se le volvía más difícil legitimar lo actuado por él contra otros griegos *a posteriori*.³⁹

Desde nuestra perspectiva, la unidad fue un objetivo tardío de la élite política aquea. No parece vislumbrarse en los primeros tres cuartos del siglo III a. C., puesto que los objetivos iniciales del grupo de *póleis* que habían refundado la Confederación debieron haber sido más bien limitados. En efecto, la nueva estructura política comenzó articulando un espacio étnico-regional específico en el norte de Peloponeso.⁴⁰ Sólo con el ingreso de Sición, y la posterior llegada de Arato a su primera estrategia, pudo imprimirse a la Confederación una política más ambiciosa. No parece, sin embargo, que Arato tuviera un plan de unificación de la península en ese momento.⁴¹ Es más probable, por el contrario, pensar en una progresiva definición de este espacio como propiamente aqueo y como el resultado de una tardía percepción política centrada en la península como horizonte de expansión. El tinte apologético de las *Memorias* pudo haber resultado clave en la nueva definición, pues Arato necesitaba justificar su cambio de política, pero de un modo tal que su opción no pareciera una traición a los ideales de libertad griega, sino una opción por liberar el Peloponeso.⁴²

³⁸ D. Golan, “Aratus’ Policy between Sicyon and Argos: An Attempt at Greek Unity”, *RSA* 3 (1973), 68-70: 63.

³⁹ G. Marasco, “The Hellenistic Age: Autobiography and Political Struggles”, en G. Marasco (ed.), *Political Autobiographies and Memoirs in Antiquity*, Leiden, 110.

⁴⁰ Acaya no conformaba una unidad ni cultural ni geográfica. Pausanias (VII.1.1) afirma que la unidad fue dada al territorio por la autodefinición de sus habitantes. La noción de “territorialidad” aquea fue una creación gradual y agresiva que comenzó en el este de la región: C. Morgan y J. Hall, “Achaia”, en M. Hansen y T. Nielsen, *An Inventory of Archaic and Classical Poleis*, Oxford, 2004, 476.

⁴¹ Pensamos el discurso de la unidad del Peloponeso como un discurso político. Por lo tanto, dejamos de lado explicaciones tradicionales, como la de Siegfried, quien veía la presentación de la unidad peloponesia como la realización práctica del ideal estoico de la cosmópolis: *Studien zur geschichtlichen Anschauung des Polybios*, Berlin, 1928, 102ss. Tampoco lo vemos como un objetivo individual de Arato: “Son rêve d’unifier le Péloponnèse...”: P. Pédech, *La méthode...*, *op. cit.*, 159.

⁴² G. Marasco, “The Hellenistic Age...”, *op. cit.*, 107.

Esto se observa en las distintas interpretaciones sobre la toma del Acrocorinto en 243 a. C. Plutarco, trabajando estrictamente sobre las *Memorias* de Arato, decía que éste lo había hecho con el objetivo de liberar a Grecia de la tiranía macedónica.⁴³ Polibio, en cambio, decía que el fin había sido sólo liberar a los habitantes del Peloponeso de un gran temor.⁴⁴ A partir de ese momento, decía el historiador aqueo, el fin de Arato había sido “expulsar a los macedonios del Peloponeso...”⁴⁵ Polibio optaba, pues, por recortar el espacio geográfico de la gesta al Peloponeso cuando señalaba, además, que “los tiranos que había en el Peloponeso” se habían llenado de consternación.⁴⁶ Entre ambas interpretaciones, por lo tanto, existe una ruptura en los objetivos políticos. El relato arateo puede, pues, mostrar un objetivo original panhelénico, mientras que el de Polibio, más tardío, un significativo recorte del mismo.

La focalización de los aqueos en los asuntos del Peloponeso fue una tendencia, por lo tanto, más bien tardía. La primera experiencia de integración había sido Calidón, ciudad que quedaba fuera del Peloponeso, más allá del golfo de Patras en el siglo IV a. C., lo que revela que en época clásica la península no jugaba ningún lugar destacado en la imaginación aquea.⁴⁷ Pero es más, las acciones de Arato, incluso, no se habían limitado al Peloponeso sino sólo hasta después de la Guerra Cleoménica (229-223 a. C.). A diferencia de Plutarco, Polibio silenció los múltiples ataques e intentonas militares del líder siconio sobre el Ática, Atenas, el Pireo e, incluso, una serie de ataques navales contra Salamina (242 a. C.).⁴⁸ Podría mencionarse, además, una expedición contra el territorio de Lócride y Calidón durante su primera estrategia, así como su marcha a Grecia central para apoyar a los beocios ante la invasión etolia (245 a. C.).⁴⁹ Su política en Ática casi surtió efecto en 229/8 a. C., lo que hubiera significado la adhesión de Atenas a

⁴³ Plu., *Arat.* 16.2; *cf.*: Plb., II.43.4.

⁴⁴ Plb., II.43.4.

⁴⁵ Plb., II.43.8.

⁴⁶ Plb., II.44.3.

⁴⁷ Xen., *Hell.* IV.6.1.

⁴⁸ La expedición aquea sobre Salamina (Plu., *Arat.* 24.3). Ligazón entre el ataque y las amistosas relaciones entre aqueos y Lágidas: F. Walbank, “Ch. 7. Macedonia and Greece”, *CAH* VII (1), 251-252.

⁴⁹ Plu., *Arat.* 16.1; Paus. II.8.4; *Cfr.*: Plb., XX.5.2. Ver: F. Walbank, *Aratos...*, *op. cit.*, 42. Sólo los fracasos en Beocia y Ática centraron los objetivos en el Peloponeso. *Cfr.*: D. Golan, D., “Aratus’ Policy...”, *op. cit.*, 68-70.

la Confederación.⁵⁰ En cualquier caso, es claro que Arato quería que Atenas se uniera, aunque no pudo lograrlo, tal como también Mégara se había sumado a la Confederación tras la caída del Acrocorinto.⁵¹

El intento de Polibio por colocar a Arato frente a un horizonte de expansión exclusivamente peloponesio se descubre, además, cuando éste menciona las derrotas de Arato y escribe: “...llenó el Peloponeso de trofeos que le miraban acusadoramente”.⁵² El teatro de los éxitos y fracasos, por lo tanto, se situaba exclusivamente en este espacio geográfico, silenciando incómodas excepciones. Así, esta ‘unidad’ estaba en condiciones de adquirir un sentido teleológico, proyectada como tal desde el comienzo. Para Polibio, pues, la muerte de Demetrio II había provocado el terror en los tiranos del Peloponeso y generado las condiciones propicias, dice, “... para que los aqueos realizaran su propósito inicial”.⁵³ Este proyecto primordial, *tèn ex archês epibolèn tòn Achaiòn*, era precisamente la ‘liberación’ del Peloponeso. No debemos distraernos, sin embargo, del hecho de que esta era la perspectiva de un historiador y político aqueo que escribía a mediados del siglo II a. C.

En ese sentido, los testimonios sobre la ‘unidad’ del Peloponeso parecen, contra la perspectiva polibiana, concentrarse en el cambio del siglo III al II a. C. Así, en su *Vida de Filopemén*, Plutarco comenta que los aqueos llevaron la guerra contra Macánidas cuando éste, con numerosas fuerzas, estaba intentando tomar el control de todo el Peloponeso.⁵⁴ Esta idea se corresponde bastante bien con el constructo ideológico que encontramos en la presentación de esta campaña de Filopemén en las *Historias*: “...reunió sus fuerzas en Mantinea para luchar contra el tirano, en favor de la libertad de todos los peloponesios”.⁵⁵ A esto se suma que Plutarco, en su *Vida de Filopemén*, señalaba también que los aqueos “se habían propuesto convertir el Peloponeso en un solo cuerpo y dominio”.⁵⁶ El discurso de

⁵⁰ Atenas consigue liberarse del dominio macedonio. Los detalles: E. Will, *Histoire politique du monde hellénistique (323-30 av. J.-C.)*, vol. I, París, 2003 (1979-1982), 363. Este fracaso de Arato en la incorporación de Atenas reforzó probablemente la tendencia peloponesia, quizá impulsada por círculos cercanos a su rival megalopolitano Lidíades: *ibid.* Un pasaje de Plutarco (*Arat.* 35.4) sugiere esta lectura. *Cfr.*: Paus. II.8.6.

⁵¹ Plb., II.43.4; Plu., *Arat.* 16.2; 18.2-24.1; Str., VIII.7.3.

⁵² Plb., IV.8.6.

⁵³ Plb., II.44.2.

⁵⁴ Plu., *Phil.* 10.1.

⁵⁵ Plb., XI.10.9.

⁵⁶ Plu., *Phil.* 8.2.

la unidad del Peloponeso, en textos ligados a Polibio, parece asociar a Filopemén a esta empresa, pero, significativamente, no sólo a él. Licortas, en un discurso que se conserva en Tito Livio, justificaba casi en los mismos términos la permanencia de Esparta en la Confederación ante los enviados romanos: "...para que en todo el Peloponeso hubiera un único organismo y una única Confederación (*ut corpus unum et concilium totius Peloponnesi esset...*)".⁵⁷

La imagen del Peloponeso que presentan estos textos, y que debió tener su origen en sectores de la élite política aquea, sobre todo si tenemos en cuenta la inscripción en honor de Diófanos recogida por Pausanias, se construía sobre la base de una lucha por la liberación de los peloponesios tanto de los reyes de Macedonia como de los tiranos.⁵⁸ De ese modo, entre fines del siglo III y comienzos del II a. C. se dio vida a un espacio geográfico politizado, estableciéndose una progresiva identificación entre la Confederación y el espacio del Peloponeso. Un aspecto más que sería quizá importante señalar es que todos los líderes a los que se asocia con esta empresa aquea son originarios de Megalópolis, donde, significativamente, a Diófanos le fue dedicada la estatua con la inscripción para conmemorar su gesta de unificación. Volveremos sobre este aspecto en breve.

En nuestra opinión hay una serie de eventos claves que pueden orientar acerca del momento de cristalización de esta identidad y todos apuntan al restablecimiento del poder macedonio en el sur de Grecia después de la batalla de Selasia. Primero, hemos señalado que es muy probable que durante la Segunda Guerra Macedónica se votara entre los aqueos la prohibición para todo macedonio de entrar al Peloponeso (198/197 a. C.). Segundo, esta decisión debía descansar en un recorte de hecho para las posibilidades aqueas de expansión fuera del Peloponeso tras la alianza con Macedonia (225 a. C.). En efecto, ya en 228 a. C. Arato había visto cómo Atenas se independizaba, pero rehuía unirse a la Confederación. A esto debe sumarse que en 224 a. C. los aqueos perdieron también Mégara y Corinto, a manos de la Confederación beocia y Antígono Dosón respectivamente, con lo que se estableció un baluarte en el Istmo que frenaba de hecho cualquier intento de expansión aquea en esa dirección.⁵⁹ Esta nueva realidad geopolítica

⁵⁷ Liv., XXXIX.37.7.

⁵⁸ La lucha contra las tiranías como legitimación de la expansión aquea: C. Koehn, *Krieg – Diplomatie – Ideologie. Zur Aussenpolitik hellenistischer Mittelstaaten*, Stuttgart, 2007, 135-155.

⁵⁹ Acrocorinto y Mégara: Plb., II.43.4; Plu., *Arat.* 16.2; 18.2-24.1; Str., VIII.7.3. Vicisitudes de Mégara entre 243 y 207/6 a. C. en que volvió a control aqueo: Plb. XX.6.7-8;

contribuía, sin duda, a volver más imaginable el Peloponeso como el territorio propio de los aqueos.

Tercero, la incorporación de Megalópolis (235 a.C.) y otras *póleis* arcadias pudo haber dado impulso no sólo a un cambio de orientación en la política aquea, desde el norte hacia el sur de la península, sino también permitir asociar a la Confederación con una identidad peloponesia que se estaba gestando hacia tiempo en Arcadia, por oposición a la identidad doria.⁶⁰ La prehistoria de esto puede observarse quizá en el discurso de los tegeatas antes de la batalla de Platea, donde se alude a un colectivo “peloponesios” por oposición a los Heráclidas, lo que se traduciría en la práctica en una identidad peloponesia opuesta a Esparta.⁶¹ Más nítido se vuelve esto en el discurso de Licómedes de Mantinea en el siglo IV a.C., quien, según Jenofonte, “llenó de arrogancia a los arcadios, al decir que sólo ellos podían considerar el Peloponeso como su patria, pues eran los únicos autóctonos que habitaban en ella...”⁶² Desde época clásica se venía conformando una identidad arcadia ligada al espacio del Peloponeso, fundada en el mito de la autoctonía que permitía oponerse a las aspiraciones hegemónicas espartanas que se apoyaban en su derecho como descendientes de los Heráclidas. Esto, en conjunción con la absorción por parte de la Confederación aquea de varias comunidades arcadias, pudo haber actuado como catalizador para la conformación de una imaginación aquea del Peloponeso como territorio propio.

Posiblemente por este motivo Polibio insertó en la *Achaica* un relato sobre los aqueos y el retorno de los Heráclidas, lo cual podía permitir basar las aspiraciones aqueas al control del Peloponeso en la antigüedad que exhibían con respecto a los espartanos.⁶³ Plutarco achacaba a Arato, en efecto, que éste estuviera dispuesto a aceptar de nuevo la dominación macedonia, antes que Cleómenes, que “era descendiente de Heracles y rey de Esparta” fuera nombrado “líder de Sición y Tritea”.⁶⁴ La *Vida* de Cleómenes, quien era el antagonista de Arato, se basa en gran

Plu., *Phil.* 12.3; Paus. VIII.50.5; *HCP* III, 73-74.

⁶⁰ La identidad arcadia, ligada a partir del siglo IV a.C. a una confederación: V. Tsiolis, “Inventando la tradición: nacionalismo y nuevas ciudadanías en la Arcadia del siglo IV a.C.”, en D. Plácido et al. (eds.), *La construcción ideológica de la ciudadanía. Identidades culturales y sociedad en el mundo griego antiguo*, Madrid, 2006.

⁶¹ Hdt., IX.26; K. Vlassopoulos, “Ch. 5. The Regional Identity..., *op. cit.*, 12.

⁶² Xen., *Hell.* VII.1.23. *Cfr.* Hdt., II.171; VII.73, Thuc., I.2.

⁶³ Plb., II.41.3-5.

⁶⁴ Plu., *Cleom.* 16.4.

medida en Filarco, que apoyaba ideológicamente la política del rey espartano, por lo que esta reflexión puede dejar entrever la clase de discurso puesto en práctica por los espartanos para legitimar sus aspiraciones hegemónicas sobre el Peloponeso haciendo alusión al mito del retorno de los Heráclidas.⁶⁵ De hecho, esta estrategia de recurso a la tradición como legitimación, se observa cuando Plutarco atribuye a Cleómenes el objetivo de “restituir el Peloponeso a su ordenamiento político tradicional”.⁶⁶ Las palabras de Cleómenes, exiliado en Egipto, sobre la lealtad para con él de parte de los “mercenarios procedentes del Peloponeso” podrían revelar esta aspiración.⁶⁷ Nuevamente, estas palabras de Cleómenes es muy probable que originariamente fueran redactadas por Filarco, lo que mostraría que en el siglo III a. C. los espartanos siguieron explotando un discurso peloponesio.⁶⁸

La fijación aquea por el Peloponeso puede deber mucho a la conexión arcadia y a la nueva rivalidad con Esparta, tal como se advierte al pasar en un pasaje de Plutarco en el que son tanto Lidíadas como Aristómaco quienes distraen a Arato de los acontecimientos en el Ática y lo obligan a centrarse en el Peloponeso.⁶⁹ Sin embargo, esto fue sólo una influencia decisiva más en el marco de las nuevas condiciones históricas en las que los aqueos se hallaron a partir del 229 a. C. y que contribuyeron a centrar exclusivamente el horizonte de expansión en la península. Esto pudo ser así también porque la incorporación de Arcadia con sus ricas tradiciones culturales, y sus intereses políticos derivados de su posición geográfica mirando al sur del Peloponeso, se produjo justo en un contexto histórico donde no sólo se habían recortado las posibilidades aqueas de expansión hacia el norte, sino también, donde Esparta se había convertido en el principal rival a vencer. La historia aquea pasó a partir de ese momento a sintetizarse en una serie de conflictos con Cleómenes, pero también con Macánidas y Nabis, estos últimos ya entre la última década del siglo III y la primera del II a. C., contribuyendo a delinear la imaginación peloponesia entre las élites políticas aqueas.

No resulta extraño, si tenemos en cuenta esta explicación, que Polibio en el célebre pasaje sobre la traición del libro XVIII recurriera para justificar la acción del

⁶⁵ Sobre el Peloponeso y su unidad a partir de este mito dorio: Y. Lafond, “Le mythe, référence identitaire pour les cités grecques d’époque impériale. L’exemple du Péloponnèse”, *Kernos* 18, 2005, 331.

⁶⁶ Plu., *Cleom.* 16.2.

⁶⁷ Plb., V.36.4.

⁶⁸ *HCP I*, 568.

⁶⁹ Plu., *Arat.* 35.4.

aqueo Aristeno y la alianza con los romanos del 198 a. C. al ejemplo de aquellos arcadios y mesenios que habían recurrido en el siglo IV a. C. a Filipo II en contra de Esparta. La llegada del rey macedonio había permitido, según Polibio, que “los habitantes del Peloponeso recuperaran el sentido de la libertad”.⁷⁰ Se infiere de aquí que había una imagen del “Peloponeso” al margen del dominio de Esparta, y de hecho construida contra el modelo hegemónico de ésta. Ambas acciones históricas, la del siglo IV y la del II a. C. se asociaban con un sentido indudablemente paradójico con la idea de la libertad del Peloponeso.⁷¹

Varios autores han señalado la gravitación sobre la política federal aquea que los arcadios de Megalópolis comenzaron a ejercer a partir de la entrada de ésta a la Confederación. De hecho, Lidíadas, antiguo tirano de Megalópolis, se convirtió en el único rival de peso para Arato, el cual, sin embargo, logró conservar su manejo sobre los destinos aqueos. En las siguientes décadas, con todo, la política aquea fue controlada cada vez más por líderes megalopolitanos, lo que en cierto modo era un reflejo del peso específico que esta *pólis* tenía a nivel federal. Por ello, Polibio, si bien reconoció a Arato como el iniciador, el *archegôn*, honró a los megalopolitanos Filopemén, como el realizador, *telesiourgôn tês práxeos*, y Licortas, como quien había consolidado la empresa.⁷²

El núcleo arcadio de la Confederación parece haber sido el responsable de la aceleración final de la construcción imaginaria del Peloponeso como el territorio aqueo. Anuladas las tiranías del área norte y centro, y frenado el avance fuera del Peloponeso por la presencia macedonia en el Istmo, quedó abierto el camino para que la unidad dependiera exclusivamente de la lucha contra Esparta. La gravitación política de Megalópolis se observa en el hecho de que los principales hacedores de la política aquea provenían de allí, Filopemén, quizá Aristeno,⁷³ Diófanes y, por supuesto, Licortas. Todos estos políticos aqueos hicieron mención a la unidad del Peloponeso aqueo en alguna oportunidad, lo cual no puede ser casual. La guerra contra Esparta, además, proveía el aliciente de legitimar la expansión aquea

⁷⁰ Plb., XVIII.14.6.

⁷¹ Un sentido paradójico de la opresión del Peloponeso por los macedonios en Plb. XVIII.11.4 y 11.6 y la invitación a éstos realizada en XVIII.14.6, que había hecho a los peloponesios recuperar el sentido de la libertad: F. Walbank, *Polybius*, Berkeley, 1990 (1972), 85-86.

⁷² Plb., II.40.2.

⁷³ Cfr. J. Deininger, “Aristainos von Megalopolis und Aristainos von Dyme”, *Historia* 15, 1966, 376-380.

ocultándola bajo el manto de una lucha contra la tiranía por la liberación de los peloponesios, entrando de ese modo en colisión con el discurso hegemónico de los espartanos.

En efecto, Pausanias también habla sobre una inscripción honorífica en una estatua erigida a Filopemén en Tegea, en la cual, se lo describe como el destructor de la esclavitud creciente.⁷⁴ Esta inscripción podría relacionarse con la liberación de la ciudad tras la victoria en Mantinea sobre Macánidas (207 a. C.), en la cual Filopemén dio muerte al “tirano” espartano en combate singular.⁷⁵ Dentro de esta orgullosa celebración colectiva de victoria contra el enemigo tiránico, se entiende otra noticia, esta vez de la *Vida* de Filopemén de Plutarco. Cuando el líder aqueo entró en el teatro argivo con sus jóvenes soldados durante los Juegos Nemeos (205 a. C.), se comenzaron a recitar unos versos de *Persas* de Timoteo que referían a la ilustre libertad de Hélade.⁷⁶ Esta victoria aquea, por lo tanto, era equiparable a la de los griegos sobre el rey persa, el gran tirano que había pretendido esclavizar Grecia. Otros epigramas sólo refieren a la victoria de Filopemén sobre Esparta, aunque quizá deban ponerse en relación con la victoria de éste sobre la rebelión espartana en el 188 a. C.⁷⁷ En ese momento, las medidas que se tomaron fueron muy duras tras el fallido intento secesionista,⁷⁸ que inició con la masacre de Compasio y la ejecución de 80 líderes, según Polibio, y 350 según Aristócrates.⁷⁹ Entre éstas, el derribo de los muros, la expulsión de los que habían sido mercenarios bajo los tiranos, el destierro de los ilotas liberados, la abolición de las leyes de Licurgo y adopción de las leyes e instituciones aqueas y, finalmente, el retorno de los exiliados.⁸⁰

Muchos de los antiguos mercenarios e ilotas habían cumplido la orden de abandonar el espacio urbano de Esparta, pero, en vez de salir de Laconia, se habían dispersado por la campiña.⁸¹ La respuesta de la asamblea aquea es significativa,

⁷⁴ Paus., VIII.52.6.

⁷⁵ Plb., XI.18.7-8.

⁷⁶ Plu., *Phil.* 11.2.

⁷⁷ *Anth. Pal.* VII, 723; Pap. Oxy. n.º 662, col. II 32-40.

⁷⁸ Dudas sobre la datación de los acontecimientos entre 189/188 a. C.: J. Briscoe, *A Commentary on Livy. Books XXXVIII-XL*, New York, 2008, 115.

⁷⁹ Plu., *Phil.* 16.4; *FGrH* 591 F4. Livio (XXXVIII.33.10-11) acepta la cifra de Polibio. Pausanias (VIII.51.3) sólo señala a 300 individuos expulsados del Peloponeso.

⁸⁰ Liv. XXXVIII.34.1-4; Plu., *Phil.* 16.3-4. *Cfr.*: Paus. VIII.51.3.

⁸¹ Liv. XXXVIII.34.6.

puesto que resolvió enviar a Filopemén con tropas a tomar a estos hombres como botín. Tito Livio no da la cifra, pero Plutarco menciona un total de 300.⁸² Con el dinero procedente de su venta, se tomó la decisión de reconstruir un pórtico en Megalópolis.⁸³ Errington ha sugerido que esto fue un vano gasto de valiosos recursos en un “victory display”, los cuales podrían haber servido para normalizar la incorporación de la *pólis*.⁸⁴ Puede estar en lo correcto. Un pasaje de Polibio, procedente del *De Sententiis*, sin embargo, presenta las decisiones tomadas en esa oportunidad por Filopemén como a la vez bellas y convenientes.⁸⁵ Por estas medidas, “bellas” y “convenientes”, se acreditaba el logro de la unidad del Peloponeso a Filopemén, no a Diófanes. Si bien Esparta había entrado a formar parte de la Confederación aquea en 192 a. C., tras el asesinato de Nabis, Diófanes tuvo que intervenir en 191 a. C. junto con T. Quincio Flaminio para restablecer el orden. En esa oportunidad, Filopemén tomó una decisión extrema, se encerró en Esparta y la defendió contra las propias tropas federales. No estaba dispuesto a que el líder romano interviniera y volviera la reconquista de la plaza un don de los romanos que dejara moralmente obligados a los aqueos. En ese sentido, su brutal intervención en 188 a. C. y la abolición del ordenamiento constitucional lacedemonio y su reemplazo por el aqueo, parecía asegurar, justamente, que todo el Peloponeso adoptara el “nombre aqueo”.

Por ello, y también por razones de adhesión personal, Filopemén era para Polibio el “realizador” del proyecto de la unidad peloponesia y no, en cambio, Diófanes por su acción en Mesene. La adquisición de esta *pólis*, por la cual este último líder buscaba ser recordado de acuerdo con la inscripción que vio Pausanias, era, en el fondo, una perversión del principio de unidad, puesto que dejaba la puerta abierta a la intervención romana. Esto es lo que abordaremos a continuación.

El Peloponeso como territorio disputado: T. Quincio Flaminio

La imaginación de la unidad de Peloponeso, materializada en un discurso coherente cuya génesis hemos intentado situar históricamente, parece haberse

⁸² Plu., *Phil.* 16.4.

⁸³ Liv. XXXVIII.34.7; Plu., *Phil.* 16.4.

⁸⁴ R. Errington, *Philopoemen...*, *op. cit.*, 147. Golan ha concluido crudamente que Filopemén estaba más interesado en oprimir a otros griegos que en oponerse a los romanos: “Philopoemen immodicus and superbus and Sparta”, *SCI* 1 (1974), 29-39.

⁸⁵ Plb. XXI.32c.

estabilizado para la primera década del siglo II a.C. En ese momento, incluso, llegó a ser reconocido, pero a la vez desafiado, desde el exterior. Una huella de esto nos ha llegado a través de Plutarco y Tito Livio. En su *Vida* de Flaminio, el biógrafo recoge algunas anécdotas sobre frases ingeniosas de este político romano. Una de éstas en particular se encuentra contextualizada en su intento de convencer a los aqueos de renunciar a la posesión de la isla de Zacinto sobre el mar Jonio frente a la Élide. Para persuadirlos, Flaminio decía a los aqueos que era peligroso para ellos, como para una tortuga, sacar su cabeza fuera del caparazón peloponesio, lo que era equivalente a pretender anexionar islas o territorios más allá de la península.⁸⁶ Zacinto había sido adquirida durante la Guerra de Antíoco, aunque poco sabemos de los pormenores de esta compra, salvo que la misma se obtuvo de manos de un lugarteniente de Aminandro de Atamania, Hierocles de Agrigento, tras la derrota de Antíoco III en Termópilas y la subsiguiente crisis que sobrevino para sus aliados griegos en el continente (191 a.C.).⁸⁷

Muchos autores modernos se muestran intrigados por este interés aqueo en la isla jónica. Es cierto que los motivos para la adquisición permanecen, como señalamos antes, en la nebulosa, habiéndose argüido para explicar esta movida tanto la necesidad de mantener la lealtad de la Élide, frente a la cual se ubicaba la isla, o, según otros, los antiguos vínculos de parentesco entre los aqueos y su colonia.⁸⁸ Quizá esta preocupación excesiva por explicar el interés aqueo fuera del Peloponeso sea una empresa del todo superflua, si tenemos en cuenta que la expansión era el objetivo de todos los Estados helenísticos, incluso, de las más pequeñas *póleis*. Desde esta perspectiva, nada impedía a los aqueos buscar esta anexión, pero, por otro lado, la Confederación tenía antecedentes en el control de islas, como la incorporación de Egina, que se había perdido durante la Primera Guerra Macedónica. Nuestra sorpresa por esta política extra peloponesia aquea es muy probable que se deba a que nosotros mismos estamos atrapados por la idea de un Peloponeso como el territorio natural de la Confederación, tal cual como fue imaginado por la élite política aquea entre los siglos III y II a.C.⁸⁹

⁸⁶ Plu., *Flam.* 17.2. Cfr: Plb., XXXVI.32.5-9.

⁸⁷ Liv. XXXVI.31.10-32.1.

⁸⁸ Zacinto como colonia aquea: Thuc. II.66.1; C. Champion, *Cultural Politics...*, *op. cit.*, 128. Errington ve la compra de la isla como un modo de forzar a Élide: *Philopoemen...*, *op. cit.*, 122.

⁸⁹ Champion parece quedar atrapado dentro de esta lógica: *Cultural Politics*, *op. cit.*, 128.

Volviendo a la frase de Flaminino, que en otro contexto podría resultar anecdótica, podemos decir que la misma podría ser interpretada como una muestra de la apropiación por parte del comandante romano de la narrativa política aquea para confirmarla y, al punto, subvertirla y limitarla. Los aqueos veían el Peloponeso como una construcción colectiva de progresiva expansión dentro de un horizonte geográfico previamente imaginado. Los romanos reconocían y aceptaban esa idea, pero sólo con el objetivo de ponerle un límite dentro de sus propios canales. Las palabras de Flaminino fueron posiblemente recogidas en origen por Polibio, dado que se encuentran también en la obra de Tito Livio. Allí el historiador latino pone, además, la siguiente frase en boca del procónsul romano:

...encerrados por el mar por todas partes, os resulta fácil anexionar lo que queda dentro de los límites del Peloponeso y defenderlo después de la anexión, pero en cuanto al afán de abarcar más y más os lleva a salir de esos límites, todo lo que queda fuera está desprotegido y expuesto a todos los golpes.⁹⁰

La lección que el comandante romano buscaba dar a los aqueos era que debían permanecer en el Peloponeso porque, desde su perspectiva, no era seguro extenderse más allá, quedando, por lo tanto, atrapados dentro de su propia narrativa geográfica. Quizá esto mismo fuera aceptado por ciertos sectores aqueos, como el discurso de Aristeno que recoge Tito Livio podría sugerir.⁹¹ En las palabras de Flaminino parecía estar implícita la referencia al reciente desastre naval de Filopemén ante Giteón en la costa de Laconia (192 a. C.), lo que había puesto de manifiesto que una política naval estaba fuera de las posibilidades aqueas.⁹² Esta era, sin embargo, la perspectiva romana. Para los aqueos esto no había significado, según parece, una renuncia a sus ambiciones navales, como puede implicar el rechazo de un regalo ofrecido por Éumenes de Pérgamo debido a la retención por parte de éste de la isla de Egina, la cual había sido arrebatada a la Confederación desde tiempos

⁹⁰ Liv. XXXVI.32.5-9.

⁹¹ Liv. XXXII.21.26. El Peloponeso como península “expuesta y a propósito para un ataque naval más que para ningún otro (*nulli apertior neque opportunior quam navali bello*)”.

⁹² La expedición naval aquea (Plb., XXXV.25.11-26.10; Plu., *Philop.* 14; R. Errington, *Philopoemen*, *op. cit.*, 102-104). Livio señalaba que su impericia naval se debía a que era un “*Arcas, mediterraneus homo*” (XXXV.26.4). Un estereotipo de origen homérico (*Il.* II.603-614). *Cfr. IG V.2*, 268, II.23-27.

de la Primera Guerra Macedónica.⁹³ Esto parece indicar que amplios sectores de la élite política aquea no renunciaban a las posibilidades de recuperar Egina, por lo que menos favorables debían ser, además, a perder la oportunidad de anexionarse Zacinto. El énfasis en este hecho puesto por Tito Livio, además, puede responder a sus objetivos particulares, puesto que es común en sus discursos de generales romanos la inclusión de una disputa implícita tendiente a imponer sobre el rival una memoria del pasado capaz de justificar la victoria romana. En ese sentido, esta intervención de Flaminio podría mostrar la subordinación de las aspiraciones aqueas a lo ofrecido por los romanos, lo cual, además, quedaría justificado por la incapacidad que habían tenido los aqueos de defender Egina frente a la flota romana veinte años antes (210 a. C.).⁹⁴

El contexto del pasaje es, además, mucho más claro en el relato de Tito Livio que en el de Plutarco, donde ésta es sólo una anécdota más entre tantas otras de Flaminio. Allí es posible percibir el sentido completo de lo que estaba en disputa en aquella oportunidad entre aqueos y romanos. Durante la estrategia de Diófanes (192/1 a. C.), los aqueos se empeñaron en negociaciones con Mesene y Elis. Tito Livio es explícito cuando dice que éstas eran las únicas dos *póleis* del Peloponeso que quedaban fuera de la Confederación. Elis estaba dispuesta a negociar su ingreso, mientras que Mesene había recurrido a la resistencia armada. Diófanes respondió a esta reacción con una invasión federal, ante lo cual, los mesenios solicitaron la ayuda de Flaminio. Éste ordenó a los aqueos licenciar su ejército y a los mesenios aceptar la vuelta de los exiliados e incorporarse a la Confederación. Su otra exigencia fue que los aqueos renunciaran a la isla de Zacinto, entregándola a los romanos. Diófanes, ante la insistencia del romano y la falta de apoyo político interno, finalmente, aceptó la orden del romano.⁹⁵ En ese momento, y mediado por la acción de Flaminio, los aqueos habían conseguido el objetivo de la unidad peloponesia, tal como Diófanes buscó en su Megalópolis natal que fuera recordado. Es más, en *Ab Urbe Condita* es clara la atribución al romano de la posición de garante de esa unidad, en razón de haber sido quien había ordenado a los me-

⁹³ Plb., XXII.7.8-8.13. Ver: R. Errington, *Philopoemen*, *op. cit.*, 159-161.

⁹⁴ Plb., IX.42.5-8. Sobre los problemas de datación del acontecimiento: *HCP II*, 186. Esta técnica de Livio en sus discursos y arengas: J. Bartolomé Gómez, “La escritura de la memoria: Un viaje metafórico a través del libro de historia”, en J. Bartolomé Gómez *et al.*, M. Quijada Segredo y M. González Rodríguez (coords.), *La Escritura y el libro en la antigüedad*, Madrid, 2004, 378, n. 33.

⁹⁵ Liv. XXXVI.31-32.

senios su ingreso, pero también su injerencia en el establecimiento de límites, al reclamar la isla que los aqueos ya habían comprado. La rigidez de la política del romano respondía probablemente a los intereses senatoriales en las islas al sur del Mar Jonio, pero, en cualquier caso, se trataba de una acción ejemplar tendiente a disciplinar las aspiraciones de un aliado demasiado independiente.⁹⁶

Este límite peloponesio, en tanto imaginado por los aqueos y garantizado por los romanos, con todo, se alcanzaba a percibir ya en la decisión de Flaminio y la comisión decenviral en Corinto tras la victoria sobre Filippo V (196 a. C.). En efecto, en ese contexto, se señalaba que “Corinto, Trifilia y Herea —ciudad ésta que también pertenece al Peloponeso (*Peloponnesi et ipsa urbs est*)— fueron devueltas a los aqueos”.⁹⁷ ¿Por qué la aclaración de la ubicación geográfica? No es la primera vez que la plaza aparecía en su obra,⁹⁸ tampoco podía dar lugar a ambigüedad geográfica,⁹⁹ ni se trataba de una ciudad particularmente importante. Este testimonio, aunque aislado, tiene sentido si se lo relaciona con el símil de la tortuga utilizado por Flaminio en ocasión de la exigencia de la entrega de Zacinto, pues también se recortaba el territorio aqueo al espacio del Peloponeso.

Este símil del Peloponeso como una tortuga no está atestiguado antes en la literatura y, además, el tipo de lenguaje informal es perfectamente compatible con el utilizado corrientemente por Flaminio en las relaciones con las *póleis* griegas.¹⁰⁰ Es posible que estas palabras, o bien fueran del romano o, al menos, reflejaran una original construcción cultural romana a partir de la imagen peloponesia aquea. Con todo, quedan en claro los límites de la política autónoma aquea, en tanto aliada de Roma, puesto que la unidad peninsular se lograba, justamente, bajo su tutela. Probablemente Polibio adhiriera a la idea de que el Peloponeso había sido

⁹⁶ E. Gruen, *The Hellenistic World...*, *op. cit.*, 470-471.

⁹⁷ Liv. XXXIII.34.9. El pasaje es igual al que encontramos en Polibio, sólo que en éste hay una laguna que suele completarse con el texto liviano. Los eleos reclamando a los aqueos Trifilia y los etolios Herea (Plb. XVIII.42.7). Filippo V pretendía devolver Orcómeno, Herea, Trifilia y Alifera a los aqueos para asegurar su lealtad (Liv. XXXII.5.4; J. Briscoe, *A Commentary on Livy. Books XXXI-XXXIII*, *op. cit.*, 174-175). También de acuerdo con Briscoe, Trifilia y Herea no serían, pues, entregadas a los aqueos por los romanos, sino que éstos les reconocerían su posesión. Con todo, existen serios problemas para entender cómo Herea habría llegado a poder de Filippo V: F. Walbank, *Philip V of Macedon*, Hamden, 1967 (1940), 17, n. 2.

⁹⁸ Liv. XXXII.5.4.

⁹⁹ Como existe, por ejemplo, con Trifilia (Liv. XXXII.13.2).

¹⁰⁰ J. Briscoe, *A Commentary on Livy, Books XXXIV-XXXVII*, *op. cit.*, 269.

unificado por Filopemén, no sólo por su identificación con la figura de este héroe, sino también porque la incorporación de Mesene por Diófanes no podía considerarse más que como un regalo. Los mesenios habían efectuado una *deditio* ante los romanos y, por lo tanto, éstos tenían la “obligación” de protegerlos en virtud de la *fides*. La fallida campaña de Filopemén, concluida por Licortas en 182 a. C., habría de suprimir por la fuerza la rebelión mesenia, destruyendo este lazo romano con la política interna del Peloponeso.¹⁰¹ Los romanos habían perdido la facultad de intervenir en la política interna aquea, o, al menos, de hacerlo con cierto viso de legalidad.

Conclusión

Tanto la aceptación de la entrega de Zacinto a los romanos, a cambio del reconocimiento del control sobre Mesene, como los motivos de la ruptura final con Macedonia, así como también los móviles de guerra contra los tiranos espartanos, fueron acciones políticas movilizadas en parte por el objetivo político federal de construir un espacio político y geográfico aqueo centrado en el Peloponeso. En ese sentido, la imaginación de la península como el territorio de la Confederación precedió en algunas décadas el control efectivo de la misma, lo que muestra que, en este caso, la “imaginación” de un Peloponeso aqueo se fijó en la política aquea mucho antes del establecimiento de una firme territorialización. Sin embargo, pese a algunas observaciones de Polibio con respecto a la antigüedad de este propósito, supuestamente “original” de los aqueos, es difícil atribuir a este Peloponeso aqueo imaginario una antigüedad más allá del último cuarto del siglo III y la primera década del segundo II a. C.

Los intentos por trasladarla a la etapa fundacional de la Confederación o a la de ascenso de Arato en el siglo III a. C. no parecen tener sustento más allá que como una estrategia de legitimación *post eventum* por parte de los aqueos en época bastante posterior. Resulta más factible establecer el periodo entre 223 y el 188 a. C. como el de cristalización y realización del ideal de identificación entre el territorio del Peloponeso y la Confederación aquea como un discurso central al interior de su élite política. Para esta última fecha, al menos desde la perspectiva de Polibio, la unidad peninsular habría sido un hecho, dado que no habría habido intervención romana y, además, se habría acabado con el orden jurídico particular que tenía

¹⁰¹ S. Dmitriev, *The Greek Slogan...*, *op. cit.*, 321.

Esparta, logrando la unidad aquea (*ita unius eos corporis fore et de omnibus rebus facilius consensuros*).¹⁰² Para otros, como para Diófanes, eso habría sido alcanzado ya tres años antes, con la incorporación de Mesene. En cualquier caso, podemos advertir que había varios individuos miembros de la élite política aquea, y megalopolitana, que estaban ansiosos de atribuirse el éxito en tanto percibían que se trataba de una aspiración a la unidad firmemente instalada en el imaginario aqueo.

Sería quizá superfluo insistir sobre el hecho de que la realidad de un Peloponeso aqueo jamás llegó a coincidir con lo que las élites políticas aqueas habían imaginado durante décadas. En efecto, no sólo ciertos espacios de la península jamás se incorporaron a la Confederación, sino que ésta, además, pudo haber comenzado a incorporar *póleis* fuera del Peloponeso, superando, de ese modo, los límites imaginados.¹⁰³ Desde el punto de vista de lo que nos ha ocupado aquí, poco importa eso, ya que la territorialización imaginaria del Peloponeso se había logrado hacía décadas en los discursos y en las mentes de quienes guiaban los destinos aqueos entre fines del siglo III y comienzos del II a. C., alcanzándose una perfecta identidad entre el espacio geográfico del Peloponeso y el territorio de la Confederación aquea.

Recibido: 19/12/2012

Aceptado: 16/02/2013

¹⁰² Liv. XXXVIII.34.3.

¹⁰³ Limitaciones geográficas de esta unidad: a) el estatus de Metana en la Argólide, la cual siguió siendo ptolemaica; b) el vago estatus de las comunidades periecas de Laconia (Liv. XXXVIII.11.2): *HCP I*, 218. Además quedaría la noticia en Pausanias (VII.11.3) sobre la escisión de Pleurón en Etolia, del otro lado del golfo de Corinto, de la Confederación aquea (146 a. C.), pero también de Heraclea en Traquis (VII.14.1; 15.2).

La unidad del Peloponeso. De la imaginación a la territorialización en la Confederación aquea helenística durante los siglos III-II a. C.

RESUMEN: El objetivo de este artículo es estudiar las circunstancias históricas en las cuales se desarrolló una idea de identidad entre el territorio de la Confederación aquea helenística y el espacio geográfico del Peloponeso. En ese sentido, se intenta aquí datar el momento en el que la identidad entre ambas nociones fue forjada entre los líderes políticos aqueos y mostrar cómo el proceso político y cultural de imaginación de un Peloponeso aqueo antecedió al establecimiento de un control efectivo sobre este espacio geográfico.

PALABRAS CLAVES: Confederación aquea; Imaginación; Mundo Helenístico; Peloponeso.

The Peloponesian Unity. From Imagination to the Territoriality in the Hellenistic Aquean Confederation in III-II Centuries B.C.

ABSTRACT: The aim of this article is to study the historical circumstances in which it was developed an idea of identity between the territory of the Hellenistic Achaean Confederacy and the geographical space of the Peloponnese. In this way, it is attempted here to date the time at which the identity between both notions was forged among Achaean political leaders and to show how the political and cultural process of imagination of an Achaean Peloponnese predated the establishment of effective control over this geographical space.

KEYWORDS: Achaean Confederacy; Hellenistic World; Imagination; Peloponnese.